

suyos y formados por él, se propusieron poner en práctica algún tiempo después.

En medio de los excesos de toda especie de que eran teatro los Países Bajos, no habían renunciado aun los Jesuitas al proyecto de establecerse en ellos; y bajo la protección, insuficiente en verdad, de Luis de Requesens, gobernador en nombre de Felipe II, fundaron varios colegios en Bruges, Maestricht y Amberes. Guillermo de Nassau dirigía y combinaba los ataques de los Protestantes, al paso que las ideas republicanas que fermentaban en las cabezas volcánicas producían únicamente la confusión más deplorable. Esta era obra del Taciturno, que procuraba sostener por todos los medios, persuadido de que haría nacer un gobierno del seno mismo de la anarquía. Su plan estaba ya trazado, y nada era capaz de hacerle retroceder; si su ambición había acarreado terribles calamidades sobre la Bélgica, solo se ocupaba en ellas el príncipe de Orange para multiplicarlas, hasta que falleciendo Luis de Requesens á causa de sus continuos disgustos, deseando Felipe II proporcionar á Guillermo un rival digno de él, nombró á D. Juan de Austria gobernador de los Países Bajos.

Aun no había tomado D. Juan las riendas de la administración cuando aprovechándose los herejes de esta especie de interregno, empezaron á esparcir el rumor de que en la casa de los Jesuitas existía un depósito de armas y municiones, y que algunos traidores se habían refugiado en ella. En esos momentos de perturbación en que el pueblo se halla dispuesto á acoger los hechos más extraordinarios, deduciendo de ellos como consecuencia precisa la devastación y el pillaje, se dirige en masa al colegio y le pone sitio; iba ya á ser presa de las llamas cuando interponiendo su autoridad el conde Oton de Herbenstein, Federico Perrenot, gobernador de Amberes, y el margrave Gossvin, lograron serenar los ánimos. Igual acusación se reproducía en Lieja en aquel mismo instante, dando margen á los mismos desórdenes.

El vencedor de Lepanto, que apreciaba en extremo á los Jesuitas, trataba de verlos respetados, porque conocía que su misma autoridad ganaba infinito en el trato. Era á la sazón provincial de Bélgica el P. Balduino del Ángel, quien aconsejó á D. Juan que emplease todos los medios de lenidad, y que tratase de calmar los ánimos más bien que de exasperarlos. Este, que aun era jóven y que tenía ya la suficiente impetuosidad de un guerrero para sa-

tisfacerse con el papel de pacificador, se presentó con esta intención en los Países Bajos, donde existían ya tres partidos: el de los Protestantes, que militaban bajo la enseña del príncipe de Orange, dueño ya de la Holanda y de la Zelandia; el de los Estados, que trataban de crear una república, y los Pordioseros, que después de haberse separado de Guillermo, solo trataban, á fuer de aventureros políticos, de exigir crecidos rescates en las ciudades, y talar los campos. El sistema de pacificación adoptado por el nuevo Gobernador se hacía por lo tanto imposible; así es que tuvo por más conveniente el apelar á la victoria, como en efecto lo hizo, batiendo, el 31 de diciembre, en las llanuras de Gembloux al ejército de los coligados, mandado por el general Goinies. El 21 de abril de 1578 publicaron los Estados en Amberes una ordenanza que contenía la pacificación de Gante, y manda á todos los habitantes que presten un juramento y que le observen. Pero este juramento no era más que un compromiso, y ocultaba un lazo. Los Jesuitas, fieles á D. Juan, se negaron á prestar su asentimiento á esta acta, y por más que los amenazaron y aun los lisonjearon con la esperanza de que si daban á los Católicos un ejemplo semejante de sumisión á la voluntad de los Estados, podían asegurarse para siempre numerosos establecimientos en el país, permanecieron tan inaccesibles á las intimidaciones como á las promesas. Luego que conocieron que nada sería capaz de separarlos de D. Juan, tomaron los Estados el partido de expulsarlos, como en efecto lo verificaron el 18 de mayo de 1578, obligándolos á embarcarse en el Escalda, y se les transportó á Malinas, desde donde el Príncipe los hizo conducir á Lovaina. Los Protestantes que mandaban en Bruges y Tournai expulsaron también de sus casas á los Jesuitas, estándoles reservada la misma suerte en Douay, de donde les obligó á salir el Senado, hasta que quince días después y á petición del mismo rector de la universidad, fue revocado el decreto de expulsión.

La peste, como consecuencia precisa de todas las conmociones intestinas, empezó á hacer horriblos estragos en la ciudad de Lovaina, donde á la sazón se hallaban reunidos todos los Jesuitas, quienes viendo que les estaba prohibida la enseñanza, trataron de sacrificarse en beneficio de los pobres enfermos, pereciendo víctimas del contagio que esperaban conjurar los PP. Osmar Goyson, Juan de Harlem, Antonio Salazar y Eliseo Heivod; par-

ticipando de la misma suerte otros varios Jesuitas en Lovaina, Lieja, Douay y Bruselas.

El 1.º de octubre del mismo año espiró D. Juan cerca de Namur, á la edad de treinta y tres años, siendo su enfermedad tan imprevista y su muerte tan rápida, que todos creyeron que le habían envenenado, cuya sospecha recayó principalmente en la reina Isabel; pues si se ha de dar crédito al historiador Estrada, dos ingleses fueron acusados y convencidos de este crimen, y sentenciados á pena capital por el duque de Parma, sucesor de este Príncipe¹. Mas las pruebas de este crimen no pasan á nuestros ojos de meras presunciones, porque es cierto que Isabel no ignoraba que la corte de España proyectaba unirle con María Estuart, prisionera en Inglaterra, idea que el Jesuita Parsons habia sugerido á Felipe II, y que debió parecer á Isabel como un manantial de sobresaltos y peligros. Es verdad que estos se cortaban con la muerte de D. Juan; pero para suponerla autora ó cómplice de este asesinato, son indispensables algunos datos mas positivos que esas hipótesis, y que la sentencia de esos dos ingleses cuyos nombres ignoramos.

Los Jesuitas encontraron un nuevo protector en el duque de Parma, sucesor del Príncipe, que tenia en la Sociedad uno de sus parientes mas cercanos. A instancia suya se presentó en Bélgica el P. Juan Farnesio, Jesuita cuya humildad se elevaba á un grado tan eminente, que al hablar de él Mercurian, solia decir: «¡Pluguiese al cielo que tuviésemos muchos hombres tan parecidos á «Abrahan como el P. Farnesio!» El primer cuidado del duque de Parma fue el de restituir á los Jesuitas los colegios de que se habian apoderado los herejes. Habian ya recobrado algunos de ellos en 1580, en cuya época llegó el P. Toledo á Lovaina en calidad de comisario para recibir la retractacion de los errores de Baio.

Miguel de Bay, que como la mayor parte de los literatos de aquella época, latinizó su apellido para darle cierta tintura de antigüedad clásica, nació en Melin por los años de 1513: ni herejarca ni sectario, poseia no obstante el suficiente talento para desempeñar estos dos papeles, si la fe no hubiese predominado en su corazón al orgullo mismo; catedrático, y en seguida can-

¹ De bello Flandrico.

ciller de la universidad de Lovaina; espíritu novador al par que extravagante, habia emitido en sus obras algunas doctrinas contrarias á la doctrina católica, sosteniendo, por ejemplo, que desde la caida de Adan todas las obras del hombre hechas sin la gracia son pecados; que la libertad segun la sagrada Escritura es la exencion del pecado, y que es compatible con la necesidad; y extraviándose, por último, en el laberinto de las teorías escolásticas, habia suscitado contra sí una condena de la facultad de teología de Paris, provocada por los Franciscanos. El 1.º de octubre de 1567 anatematizó Pio V, por una bula, setenta y seis proposiciones suyas: Baio vaciló, buscó subterfugios y comentarios, hasta que por último se decidió á someterse; pero su sumision no habia sido bastante espontánea para inspirar confianza á la Santa Sede. Sin retractarse en la forma parecia haberse impuesto la tarea de explicarse en el fondo, de manera que su enseñanza venia á ser una apología de sus ideas. La Iglesia habia lanzado á la palestra sus doctores y teólogos para contrarrestar las doctrinas de Baio; y la Compañía de Jesús, que no queria ser menos, trató de lanzar el suyo á este palenque, enviando al Brabante al P. Belarmino.

Nació Roberto Belarmino en Montepoliciano el 4 de octubre de 1542, y era sobrino del papa Marcelo. La pequeñez de su estatura y la sublimidad de su talento obligaron á decir á sus contemporáneos que era el hombre mas pequeño y el mas grande de su siglo. Como predicador y catedrático ilustre, se habia adquirido una inmensa reputacion, y aun no habia osado recibir el orden sacerdotal, que por obedecer á un precepto formal de Francisco de Borja, se vió después obligado á aceptar en Bélgica de manos de Cornelio Jansenio, obispo de Gante. Reduciase la mision de Belarmino á refutar la doctrina de Baio; mision que desempeñó con tanto éxito desde el año de 1570 hasta el de 77, que segun refiere el jansenista Quesnel en su *Historia religiosa de la Compañía de Jesús* (tom. III, pág. 245): «Su juventud y elocuencia parecian «dos cosas tan extrañamente reunidas, que todos ansiaban con «avidez escucharle, haciéndose tan universal su reputacion, que «atraia á los protestantes de Inglaterra y de Holanda.»

Hizo la guerra á Baio con teson, y la sostuvo como hombre que aprecia á su adversario, tratando mas bien de convencer los ánimos que de ulcerar los corazones. Analizó de tal modo las opiniones de su antagonista, é indicó tan á las claras el plagio de las

de Lutero y Calvino, que sin haber dejado escapar jamás de su boca el nombre del canciller de la universidad del Brabante, ilustró evidentemente toda la discusión. El teólogo Jesuita había con-temporizado con la persona sin perdonar al mas mínimo de sus errores. Así es que, conociendo Baio que con semejante competidor se exponía á una derrota segura, tomó el partido de no contestar, guardando un absoluto silencio. Pero apenas había Belarmino abandonado la Bélgica, cuando estalló el fuego largo tiempo cubierto bajo la ceniza. Habíase puesto Baio en relacion con Mar-nix de Santa Aldegunda, confidente del príncipe de Orange, á quien persuadió este último que él solo bastaba para obrar la reunion del calvinismo y de la religion católica, con tal que supiese hacer á tiempo algunas concesiones, cuyo gérmen estaba envuelto en sus obras. Bay se dejó ganar por la lisonja, y como no estaba allí Belarmino para refutarle, dió principio á sus planes de amalgama declarando que la bula de Pio V era supuesta, ó que se la habían arrancado á la Santa Sede.

El 29 de enero de 1579, declarándose Gregorio XIII solidario de su predecesor, confirmó la bula *Ex omnibus afflictionibus*, que por condescendencia hácia Baio y Juan de Lovaina no había promulgado aun la corte romana; y Toledo recibió orden de marchar al Brabante con la mision de calmar aquella tempestad que amenazaba á Roma con una complicacion de obstáculos. Habían elegido á este Jesuita el papa Gregorio y Felipe II, para representar en estas serias circunstancias la autoridad de la Santa Sede y la pujanza del trono; pero aunque armado con los rayos del Vaticano, y pertrechado con el apoyo de un monarca tan poderoso, no pasaba á su destino en calidad de enemigo. Era mas noble á sus ojos el papel de conciliador; y aunque es cierto que hubiera bastado una sola palabra de su boca para evocar una herejía ó engendrar un cisma, aspiraba mas bien á suscitar el arrepentimiento. Habíase granjeado tal nombradía de firmeza, de talento y espíritu conciliador, que el mismo Baio prefirió lanzarse en los brazos del Comisario apostólico á sostener una lucha tan desigual. El Jesuita, que conocia á fondo las debilidades humanas, quiso evitar al Canciller las discusiones preliminares, tratando de ilustrar su mente mas bien que de humillar su orgullo para convencerle de sus errores. Salióle este ardid á pedir de boca, puesto que en breve triunfó de los sofismas del sectario, impul-

sándole á retractarse públicamente, como lo hizo en efecto en 24 de marzo de 1580, ante todas las facultades reunidas bajo la presidencia del mismo Jesuita, condenando él mismo sus proposiciones con arreglo á la intencion de la bula, y en la misma forma que aquella las anatematizaba. La misma declaracion hicieron todos los doctores, licenciados, bachilleres y estudiantes que habían sido discípulos ó partidarios suyos. Nadie había podido decidirle hasta entonces á confirmar su retractacion por medio de un acta firmada de su mano; solo al Jesuita estaba reservada tamaña victoria: y como el mismo Baio confiesa ¹, «reconoció que las confesiones que había entablado con él Toledo, le habían impulsado á conformarse con la sentencia pronunciada por la Santa Sede, «y que en su consecuencia, se hallaba resuelto á no enseñar ni «defender en adelante las citadas proposiciones.»

Un Jesuita había logrado mediante la persuasion ahogar en su origen el bayanismo; y el jansenismo, del cual no fue mas que un precursor el canciller de Lovaina, nunca ha perdonado esta victoria á la Compañía.

En tanto que el P. Jorge Schorrit restablecía la fe en Baden, donde falleció bajo el peso de sus tareas apostólicas, á la manera que lo hace el soldado en el campo del honor, llegó el P. War-seviez á Suecia, reino que, como los demás de la Europa, había experimentado también su revolucion religiosa, y que bajo el mando de Juan III, trataba de crearse un culto independiente, y de reparar los desastres ocasionados por las divisiones intestinas del Monarca y de su hermano Erico.

El carácter del rey de Suecia, así como todos los caracteres cuyo fondo está basado en la lenidad, era débil y sin energía, y había conocido la desgracia. Hecho prisionero en Abo, se había visto durante cuatro años en poder de su hermano en el castillo de Gripsholm, sin hallar otro consuelo que los que le prodigaba su esposa Catalina, último vástago de la raza de los Jaguellones. Esta Princesa, que poseía todas las virtudes y toda la piedad de su familia, inspiró al rey prisionero la inclinacion al estudio, que le condujo insensiblemente á la fe, pero á una fe mas bien especulativa que práctica. Cuando se vió restablecido en el trono, trató de conciliar sus creencias íntimas con las preocupaciones, terro-

¹ Baiana, pág. 152, ap. núm. 10.

res y prevenciones de su pueblo; tímido en razón de sus sufrimientos, pero intolerante respecto al espectáculo de desmoralización que ponía ante su vista la herejía, trató de buscar en unión de Pedro Fechten, su confidente, los medios de restablecer la Iglesia católica sin agitaciones interiores; y no siendo para él la religión mas que una especie de resorte gubernamental, procuraba, apoyado en sus propias luces, combinar las cosas de tal suerte, que todo debía sonreír á su voto de hombre honrado y de católico indeciso. Mas no era ciertamente á favor de las reformas parciales en las costumbres y liturgia, como debía esperar una saludable mejora; esta era sin duda aceptada por los protestantes de sus Estados como aceptan todo sistema que tiende á separarlos de la comunión romana, porque en esta separación reside su único dogma; pero los católicos suecos, á cuya cabeza se hallaban Nicolás Brask, Erico de Sparre, Andrés Chet, Hogenschild Bjelke, Jacobo Typotiö, Mathei Gyllenstern, el baron de Luentholm, Magno Gotho, Jorge Gera, el conde de Brahe, y los aldeanos de la Dalecarlia que se habian sacrificado por Gustavo Wassa, y á quienes este Príncipe, después de haber experimentado su fidelidad política, obligó á ser infieles á su Dios, se mostraban en unión de la Reina, hostiles á esta doctrina de la que se improvisaban apóstoles el clero de Stokolmo y la universidad de Upsal.

A instancias de Catalina y del cardenal Osio encargó el soberano Pontífice al P. Warseviev de la misión de iniciar al rey Juan en los verdaderos fundamentos de la Religión; pero el Jesuita no pudo penetrar en la corte de Suecia sino en calidad de embajador de la reina Ana de Polonia cerca de su hermana Catalina. Erico se hallaba prisionero á la sazón, aunque su partido no era del todo desesperado, puesto que contaba con los exaltados.

Juan III estaba perplejo entre las facciones y su conciencia. Los herejes toleraban con bastante facilidad la presencia de los sacerdotes seculares, al paso que odiaban á los Jesuitas; porque los primeros se limitaban á ejercer en los ánimos la menor influencia posible, mientras que los Jesuitas se apoderaban de los corazones por la persuasión, los dominaban por la ciencia y por aquella firmeza que nada podía vencer, apareciendo en presencia de los sectarios, como era consiguiente, como un blanco al que debían dirigirse todos los tiros. Warseviev era uno de aquellos hombres, á quienes la nobleza de su origen, las frecuentes rela-

ciones con toda clase de personas, y una ciencia nada superficial, familiarizan con todas las posiciones: túvole oculto la Reina en una de las habitaciones de palacio, donde permaneció esperando la hora propicia en que el Rey consintiese en verle, como en breve se verificó.

Las instrucciones del Jesuita versaron sobre dos puntos principales: hallábase comisionado para proponer al monarca sueco un tratado de alianza con el rey Felipe II, y tenia la misión de preparar el regreso del primero á la religión de sus antepasados. Juan estaba bastante instruido en la teología, por haberse dedicado al estudio de los santos Padres los cuatro años de su arresto. Este estudio, hecho de buena fe, pero bajo la inspiración de las preocupaciones de aquella época, produjo en su mente un tenebroso caos en vez de la ilustración: impulsado por un frenesí argumentista, que quizás le hubiera sido mas útil emplearle en sus intereses políticos que en los de la Religión, prefería enseñar á ser enseñado.

Transcurrieron seis días en conferencias de cuatro á cinco horas, durante las cuales, asaltando el Monarca y el Jesuita la ciencia eclesiástica, se propusieron mutuamente varias objeciones, que solventaba él uno con su raciocinio, y explicaba el otro pertrechado en sus ansiedades. Admitía el primero de los contendientes la supremacía religiosa del Papa; pero sin perder de vista á su patria, trataba de restringirla cuanto le permitian sus fuerzas. Adoptaba sin restricción el culto de las imágenes y reliquias; y convenía en que las ideas de los novadores y su libre examen en materia del culto y poder temporal eran incompatibles con la subordinación; pero no se atrevía á adoptar un partido. Afirmaba que, á favor de medidas lentas é indirectas, llegaría á restablecer en su reino la antigua religión; y en seguida, como si hubiese temido avanzar demasiado, exigía que el Pontífice autorizase, en los mismos términos del famoso *Interim* de Carlos V, la comunión bajo ambas especies, el matrimonio de los eclesiásticos y la celebración de los oficios divinos en el idioma vulgar: «Los suecos, repetía incesantemente, no podrán ser católicos sino bajo las citadas condiciones.» Pero estas condiciones eran inadmisibles de todo punto, y aun dado el caso de que la Santa Sede hubiera pasado á darlas su asentimiento, nada hubiera cambiado el estado de las cosas.

Despidióse Warseviev del Rey el 14 de agosto de 1574, remitiendo desde Dantzick al General de los Jesuitas, con fecha del 3 de setiembre, una relacion circunstanciada de los mencionados hechos. Era este el primer individuo de la Compañia que se dejó ver en Suecia desde la restauracion del rey Juan; y sin embargo, si se ha de dar crédito á los doctores de la herejia, se vió rodeado continuamente el Soberano de Jesuitas.

En tanto que la irresolucion de este Príncipe no le permitia ser católico ni luterano, Esteban Bathori, rey de Polonia, uno de los mas célebres monarcas que ha tenido este reino por el brillo de sus talentos y victorias, otorgaba á los Jesuitas y á sus colegios la exencion de toda clase de impuestos; y para no defraudar al erario, decretó en 1576 que pagaria de su patrimonio todas las gabelas que pesaban sobre los referidos establecimientos, remitiendo un año después (el 24 de junio de 1577) la carta siguiente á los individuos de este Instituto:

«*Esteban, por la gracia de Dios, rey de Polonia, gran duque de Lituania, Rusia, Prusia, Mazovia y Samogittia, y príncipe de Transilvania, etc., etc.*

«**VENERABLES, PIADOSOS Y CARÍSIMOS PADRES:**

«El testimonio de vuestro benévolo afecto, del que nos hallamos informados por vuestras cartas y por conducto de nuestro secretario Juan Zamoski, las felicitaciones que nos habeis dirigido, y las plegarias que elevais al cielo por nuestra prosperidad, nos han complacido en extremo.

«Deseamos que abunden en nuestros Estados los recursos que les asegura la proteccion divina, superior sin duda á los que pueden prestarnos todas las fuerzas humanas, tan inciertas é inestables, recursos que hasta ahora no nos han faltado, gracias á Dios. Los intereses de la Religion y de la Iglesia que tan eficazmente nos recomendábais, como conviene hacerlo á vuestras religiosas y laudables ideas, han sido siempre y serán todavía mas en lo venidero el único móvil de nuestra principal solicitud, esforzándonos en hacer que vuelvan á su origen todos los beneficios que hemos recibido de la divina Majestad, utilizándolos en gloria suya, en la propagacion de su santo

«nombre, y en la exaltacion de la religion cristiana. Como juzgamos absolutamente indispensable vuestra Orden para la consecucion de este designio, justo es que la apreciemos y la amemos siempre. Luego que hayamos puesto en orden los negocios de nuestros Estados, os probaremos este afecto mas bien con nuestras acciones que con palabras: en el entre tanto nos encomendamos encarecidamente á vuestras oraciones para poder realizar cuanto antes nuestro propósito.»

Juan no se habia querido colocar en una posicion tan marcada; fluctuante entre la verdad y el error, no osaba fijarse en resolucion alguna, y divagaba errante por el intrincado dédalo de las discusiones que suscitaban sus asambleas. Fuele, en esto, presentado por su esposa la reina el P. Lorenzo Nicolai, enviado del soberano Pontífice, quien á pesar de que contemporizaba en un todo con sus menores caprichos, su título de individuo de la Compañia podia ofender las susceptibilidades episcopales. Sin embargo, convinieron al fin en que el Padre anunciaria á todos los doctores de la universidad de Stokolmo que, después de haber estudiado en las de Lovaina, Douay y Colonia, regresaba á su patria con el objeto de pedir á sus colegas, los ministros protestantes de Suecia, algunas cartas de recomendacion para el Rey. Después de obtenidas estas, Juan, que abrigaba bajo este subterfugio todos sus temores políticos y sentimientos religiosos, concedió al Jesuita el derecho de enseñar públicamente la teología. Pero una situacion tan angustiosamente creada no podia durar largo tiempo: el rector de la academia de Stokolmo Abraham y el obispo de la ciudad Olof Luth se negaron á celebrar la fiesta de la Natividad de la Virgen, porque no querian aceptar, dijeron, la liturgia católica, obra de la idolatria romana. Los Protestantes demandaban por otro lado un concilio nacional, general y libre, prometiendo someterse á sus decisiones; y como el anhelado concilio lisonjeaba los pensamientos secretos del Monarca, asintió desde luego á sus deseos, y el nuevo sínodo quedó fijado para el 11 de febrero de 1577.

El Soberano, que conocia la necesidad de tener un embajador cerca de la Santa Sede, eligió para el desempeño de estas funciones un caballero francés, llamado Ponto de la Gardie, uno de esos aventureros de elevada alcurnia cuya audacia es aun mayor que su nobleza, y que á la sazón basaban su fortuna en la punta